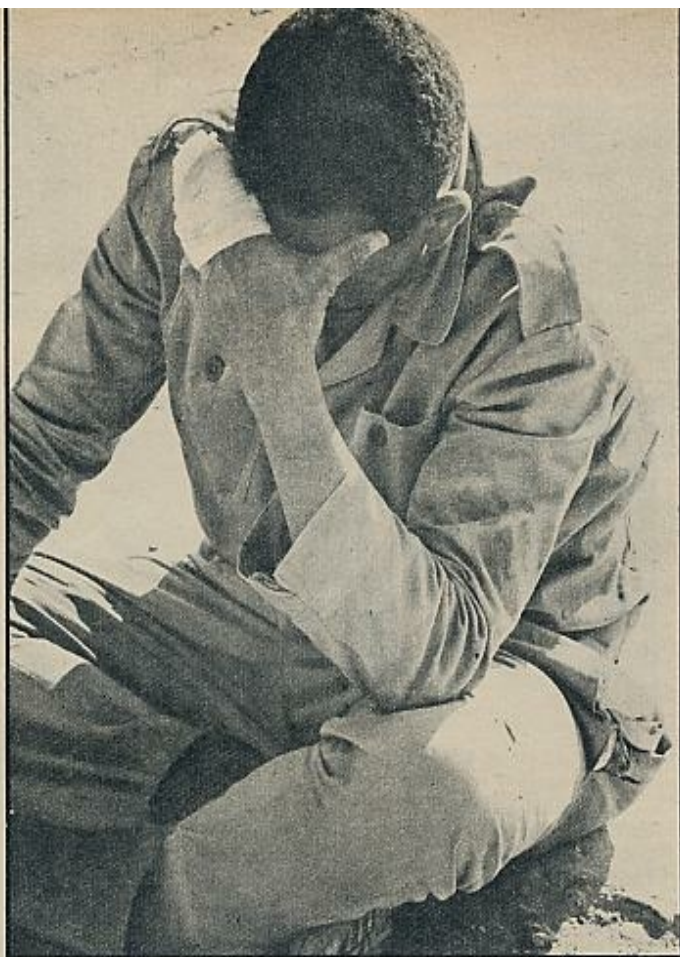


MEDIO CENTENAR DE GUERRAS EN SOLO VEINTICINCO AÑOS

LA GUERRA Y LA PAZ





El número de guerras habidas en los últimos veinticinco años sigue haciendo posible la tesis de la "guerra perpetua". Algunos historiadores consideran que en ella se encierra la aventura total de la humanidad.

HAY señales que indican que los pacifistas están comenzando a exasperarse. Están viendo que la paz, como ideología de urgencia que defendieron, a su riesgo, en los años cincuenta, apenas les sirve ahora. El pacifismo se ha ido, por una parte, al infantilismo soñador de las colonias «hippies», pero los «hippies» son más bien «pasivistas» —distinción que hacía ya en los años de la primera guerra mundial un pacifista activo como fue Romain Rolland—. Por otra parte, se ha institucionalizado. La administran los mismos belicistas de ayer, se la reparten como un bien propio entre taponazos de «Veuve Cliquot» en el Palacio Smolna, de Helsinki, en el Tratado de Moscú, en las sesiones de la Conferencia de Ginebra. Son casi los mismos rostros que ayer eran motejados de belicistas, de «warmongers» —traficantes de guerra—. Por lo menos, el mismo Nixon que tronaba a la sombra de Eisenhower, el mismo Willy Brandt que tronaba desde las almenas de Berlín-occidente. Los pacifistas empiezan a sospechar que les han robado su paz. Por lo menos, guerra y paz están tomando un sentido distinto del que tenían. Quizá no tengan ninguno. Un estratega francés señala que «ya no hay oposición directa entre guerra y paz; solamente hay diferentes niveles de confronta-

ción». Este hallazgo es apenas una democratización de la fórmula clásica de Clausewitz («la guerra es una continuación de la política por otros medios») y está en la tendencia semántica moderna de privar a las palabras, a los conceptos, de su valor absoluto.

La paz de los pueblos

El pacifismo de los años cincuenta era una ideología superpuesta. Partía de una gran tesis socialista de, por lo menos, medio siglo antes: las guerras se hacen siempre a costa de los pueblos. Los grandes señores —reyes, capitalistas— dirimen sus cuestiones en la guerra, pero las dirimen con la sangre del pueblo, los impuestos del pueblo, los destrozos en los bienes del pueblo. La guerra es «esclavista, reaccionaria, criminal» (Lenin), son siempre «impuestas a los pueblos por los gobiernos» (Bertrand Russell). La tradición pacifista venía de más atrás, venía de Aristóteles: «Hacer la guerra es otro artificio de los tiranos para ocupar a sus súbditos y tenerlos incesantemente bajo la dependencia de un general». El gran movimiento socialista de principios de siglo pretendía una «huelga de la guerra», una negativa de los pueblos a partici-

HARO TECGLEN



LA GUERRA Y LA PAZ

par. Era la base del internacionalismo proletario. Se sabe lo que pasó. Cuando llegó el momento, muchos socialistas sintieron la llamada del nacionalismo por encima del internacionalismo, y se sumaron a los esfuerzos de guerra de sus países. Fue la primera —y la más grave— escisión del movimiento socialista. Los que continuaron adelante fueron asesinados —Jaurés— o encarcelados —Rosa Luxemburgo, asesinada más tarde—, fusilados y, desde luego, motejados de traidores.

El pacifista, como enemigo

La consideración de «traidores» no faltó para calificar a los pacifistas de los años cincuenta. Si los pacifistas de principios de siglo desprendían la idea de paz universal de la totalidad de una idea social política, los de los años cincuenta hacían de la paz el eje principal de su ideología. Por eso se les llamaba «criptocomunistas», porque se suponía que bajo la ideología de urgencia de la paz a toda costa escondían una ideología prohibida. Occidente se concebía entonces como una



MUSSOLINI



LENIN



BERTRAND RUSSELL

ALGUNAS FRASES

«El valor educativo de la guerra no se ha puesto jamás en duda» (Paul Bourget). «La guerra imprime el sello de la nobleza en todos aquellos que tienen el valor de darle cara» (Mussolini). «Sin la guerra, el mundo se hundiría en el materialismo» (Von Moltke). «Nunca el cristianismo, si se le mira de cerca, parecerá más sublime, más digno de Dios, y más hecho para el hombre que en la guerra» (Conde Joseph de Maistre). «Lo que nos gusta de los animales es que podemos matarlos legalmente. En la guerra, también, podemos matar legalmente» (Montherlant). «La guerra que dirige hoy la burguesía la consideramos como una guerra reaccionaria, esclavista y criminal» (Lenin). «Muchas gentes adoran la guerra, a condición de que no llegue a su puerta» (Bertrand Russell). «Decididamente, no comprendo por qué es más glorioso bombardear con proyectiles una ciudad sitiada que asesinar a alguien a hachazos» (Dostoiewski). «Mientras se considere la guerra como nefasta conservará su prestigio y su fascinación. Cuando se la considere como vulgar, su popularidad cesará» (Oscar Wilde).

organización militar, como un bastión frente a la Unión Soviética. El pacifismo se encontraba, por lo tanto, en pugna con el estatuto oficial. A muchos les ha costado caro. El llamamiento de Estocolmo de 1947, las marchas de la paz, los grupos de «partisanos de la paz», los Congresos Mundiales, articulaban una opinión pública en pugna con los poderes, pero que ejercían una presión notable sobre ellos. Los pacifistas de los años cincuenta tenían una motivación de la que carecían sus antepasados: la existencia del arma nuclear.

Cambio de conceptos

Los relámpagos de Hiroshima y Nagasaki habían cambiado completamente el concepto de guerra. La increíble velocidad de progresión del arma nuclear, en cantidad y en capacidad de matar, daba a la guerra un sentido de suicidio. El mundo estaba «condenado a la paz». Pero, al mismo tiempo, se practicaba la política del «borde del abismo» (Foster Dulles). Se practicaba un terrorismo atómico, no tanto sobre el enemigo, sino sobre las propias poblaciones,

En todo esto, los pacifistas comienzan a sospechar que quizá lo único que han conseguido —y no es poco— es un cambio de estilo en la política exterior, en la represión, en la «guerra interior» justificada por el terrorismo nuclear. Han conseguido, tal vez, desnudar algunos propósitos de los poderosos.





La obsesión pacifista por evitar la guerra nuclear, que no iba a suceder, ha dado la sensación de una ausencia de guerra. Vivimos, se dice, en paz.
 ¿Quiénes viven en paz? Los que estamos incluidos en la parte superior de la humanidad...

Un cambio de estilo, por consecuencias y hacerles buscar nuevos sistemas.



en el sentido de la frase aristotélica antes citada. Se les venía a decir que sin la obediencia, la disciplina, la movilización, la vigilancia y el espíritu castrense aplicado a lo civil, podrían ser víctimas del enemigo, podrían llegar a la guerra, que era, ya se sabe, un suicidio. Este terror atómico fue un cáncer para la democracia de Occidente, lo fue para el socialismo vivo en la URSS y los países del Este. Cortó toda la dinámica de paz que debía haber seguido a la guerra mundial, esclerotizó el pensamiento y las estructuras. Produjo represiones, depuraciones, policías políticas, censuras, servicios de contraespionaje con enormes poderes, literatura de terror. La paz se llamó «guerra fría» y se volvió hacia dentro de las naciones. Alguien vio con claridad lo que estaba pasando. Fue Mao Tse Tung, cuando dijo que «la bomba atómica es un tigre de papel». Su frase no se entendió bien (China tiene hoy otra muralla, y es la del lenguaje: no

como idioma en sí, sino como manera de expresar un pensamiento). La frase estaba basada en que la bomba en sí no puede considerarse como amenaza, puesto que las dos grandes naciones que la poseen no la utilizarán jamás la una contra la otra, pero se servirán de ella como de un tigre de papel para dar miedo y dominar por el terror.

Quiebra del terror

El terror es eficaz cuando no es excesivo, cuando no se prolonga demasiado. Hay un momento en que la amenaza se produce de una vez o se ha pasado ya. No es perpetuo. El ejercicio del terror atómico, en un momento dado, dejó de servir. En un aspecto, resultó contraproducente para quienes lo agitaban. Muchos «pasivistas», muchos indiferentes políticos, comenzaron a sumarse a la idea pacifista por espíritu simple de defensa propia. Si Clemenceau

había dicho que «la guerra es algo demasiado importante para dejarla en manos de los militares», la opinión pública llegó a la conclusión de que la paz era algo muy delicado para dejarla en manos de los políticos. Los políticos de la época no eran excesivamente inteligentes. No tenían por qué serlo. La inteligencia, incluso, resultaba una contraindicación en un momento en que todo se encomendaba a la fuerza. El terror quebró al principio de los años sesenta. Se da la fecha clave de la crisis del Caribe como principio. El hecho de que, desde años antes, Krutchev ocupase el puesto de Stalin y Kennedy el de Eisenhower, indicaba que la presión del pacifismo había sido útil y que los componedores habían sustituido ya a los disidentes.

La crisis del Caribe tuvo una gran importancia como demostración, como prueba práctica de la no existencia del mito de la bomba. En la creación del terror nuclear estaba explícito

LA GUERRA Y LA PAZ

ese mito de la bomba como dios, con capacidad de destino, como dinámica propia. Frente a Cuba, el terror llegó al máximo, las dos fuerzas atómicas se aproximaron como nunca. Pero se separaron después. La URSS retiró sus cohetes de la Isla, los Estados Unidos renunciaron a su invasión y, a su vez, retiraron los proyectiles que amenazaban a la URSS desde Turquía (base de Adana). No podía pasar nada. La crisis de Cuba presentaba un «casus belli» dramático, pero no único. Antes se había producido la intervención angloamericana en Grecia, la anglofrancesa en Suez, la rebelión de Budapest, la implantación de Fidel Castro, el bloqueo de Berlín, la intervención americana en la península del Sudeste asiático y no había sucedido nada. Guerra de ondas, guerra de nervios, guerra fría, pero nada más. Después se ha producido el Congo, los bombardeos de Vietnam del Norte, Checoslovaquia...

Otro estilo

En todo esto, los pacifistas comienzan a sospechar que lo único que han, quizá, conseguido —y es mucho— es un cambio de estilo en la política exterior. Un cambio de estilo, por consecuencia, en la represión, en la «guerra interior», justificada por el terrorismo nuclear. Han conseguido, tal vez, desnudar algunos propósitos de los poderes o hacerlos buscar otros disfraces nuevos. En otro momento, en la época McCarthy, en la época Stalin, ciertas represiones que se realizan ahora se hubieran cargado a la cuenta de la política exterior, de la traición, del enfrentamiento de bloques. Ahora se sabe que el juicio de los Ocho de Chicago o la aniquilación sistemática de los Panteras Negras son temas de política interior, de descontento interior, como se sabe que los tanques soviéticos de Praga liquidaban una complicación interna del socialismo. Cuando De Gaulle quiso transferir a una «conspiración exterior» los acontecimientos de mayo del 68, nadie le hizo caso, y menos aún cuando quiso cargarlos a lomos del comunismo, tan espantado como el propio General por lo que estaba sucediendo. Eran reflejos de otra época. Viejo juego. Como

DEFINICIONES

«La guerra es un acto de violencia cuyo objeto es forzar al adversario a ejecutar nuestra voluntad» (Clausewitz).

«El combate llevado por un grupo determinado de hombres, tribus, naciones o estados contra un grupo parecido o similar» (Von Bugalawski).

«Un conflicto simultáneo de fuerzas armadas, de sentimientos populares, de dogmas jurídicos, de culturas nacionales» (Quincy Wright).

«La lucha armada y cruenta entre grupos organizados» (Bouthoul).

«El paso de un derecho a otro» (Mariano Cornejo).

Si la coexistencia es un lujo de ricos, la guerra es un lujo de pobres.
Guerrean, ahora, los que no tienen nada
que perder o los que defienden lo poco que les queda todavía...



el régimen de Grecia. El terror nuclear ha terminado. Era una cierta forma de chantaje y se ha descubierto. Pero los pacifistas sospechan ya que no han sido ellos los que han detenido una guerra que en realidad no estaba planeada, y que, desde luego, no son ellos los que deciden la paz.

Por debajo de la media

Los magos de teatro procuran atraer la atención del espectador hacia un punto inocente para, en otro, realizar su truco. La obsesión pacifista por evitar la guerra nuclear que no iba a suceder ha dado la sensación de una ausencia de guerra. Vivimos, se dice, en paz. ¿Quiénes? Los que estamos incluidos en la parte superior de la humanidad. Pero la realidad es que desde 1945 hasta ahora se han producido, por lo menos, más de cuarenta guerras, según un registro del Pentágono. Cuarenta y dos guerras en veinticinco años arrojan un promedio de 1,68 al año. Apenas se puede ver en esta cifra una ligera mejora de la media de la humanidad. Hace unos años, un computador manejado en Noruega indicó que la media de guerras desde que se registra la historia del hombre es de 2,6135 al año. Se cuentan 14.531 guerras en 5.560 años de historia conocida. En 185 generaciones de hombres, sólo diez generaciones han conocido la paz. La media de nuestro cuarto de siglo es, por consiguiente, algo más baja. Pero sigue haciendo posible la tesis de «guerra perpetua» que, según historiadores, encierra hasta ahora la aventura total de la humanidad. El examen de la lista del Pentágono nos enseña algunas cosas. Se trata de guerras periféricas, si admitimos que el centro de la civilización está en el triángulo Europa-Estados Unidos-Unión Soviética. Aunque las motivaciones profundas de las guerras son casi siempre inescrutables, se puede hacer un intento. Unas ocho de estas guerras proceden de la motivación clásica de la mala vecindad. Otras ocho son guerras anticolonialistas, y veintitrés son guerras ideológicas. La dificultad de esta clasificación se comprende si examina-

mos una sola de estas guerras, la más popular, la de Vietnam. Es una guerra ideológica, con grandes rasgos de guerra civil; es, al mismo tiempo, de mala vecindad —Sur contra Norte— y anticolonial —la evicción de los Estados Unidos—. La guerra fronteriza de Argelia y Marruecos era un residuo de guerra colonial —fronteras mal delimitadas—, participaba de la mala vecindad y tenía perfiles ideológicos —monarquía frente a socialismo de autogestión—. Pero ni uno solo de los nombres de lugar donde se han realizado los encuentros armados está en el «mundo desarrollado». Es una constante. Es, sobre todo, una inversión de lo sucedido hasta ahora, hasta el mismo año 1945, en que terminó la Segunda Guerra Mundial. Se pueden obtener consecuencias. Las guerras, hoy, se desarrollan en el mundo del hambre. Buscar otra motivación sería, probablemente, superficial. Son naciones que no tienen derecho a la coexistencia. La coexistencia es un lujo de ricos.

Coexistencia y coexistencia

La coexistencia se va convirtiendo poco a poco en coesencia. Cuando el comunista francés Garaudy denuncia, como en su último libro, «El gran giro del socialismo», que la Unión Soviética está siendo dirigida por un grupo militar-industrial, a semejanza de los Estados Unidos, indica ya la sospecha de que la coexistencia se está convirtiendo en coesencia. Es una resonancia de la antigua acusación china de colusión, de acuerdo entre el «Imperialismo capitalista» y el «Social Imperialismo». No es tan exacto esto como una identidad de objetivos: asegurar su «status» en el mundo como naciones, mantener importantes zonas de influencia, aumentar la renta por cabeza de sus ciudadanos y los productos de consumo, y evitar ser agredidas. El sentido de misión universal que las informó un día, la extensión del socialismo y el fortalecimiento de las fuerzas proletarias en una, el idealismo de libertad y la función democrática capitalista en otra, están hoy adormecidos. Quedan como un remanente semántico, como una cobertura retórica. A veces, como una nos-



MUERTOS EN LA GUERRA

Las guerras han costado a la humanidad 3.500 millones de vidas. Las cifras de muertos son crecientes. En el siglo XVIII costaron cinco millones; en el XIX, dieciséis millones. Solamente la Segunda Guerra Mundial del siglo XX costó sesenta millones de vidas.

(Fuente: Organización Mundial de la Salud).

talga de juventud. Las «hermanas enemigas» encuentran mejor repartirse la herencia del mundo, que reñir —hacer la guerra— por la totalidad de esa herencia. Pero otras naciones, otros grupos, se creían más hermanos, y nada enemigos. Se sienten despojados. Los pacifistas querían otra paz.

Estrategia de paz

Las relaciones entre Estados Unidos y la URSS no tienen, sin embargo, ese grado óptimo que se sospecha. Su larga oposición histórica no ha cesado, se ha reconvertido. La guerra no puede tener entre ellas la finalidad clásica de «destrucción total de las fuerzas del enemigo» (Clausewitz), porque la destrucción propia es simultánea. Su seguridad no depende, por lo tanto, de ganar una guerra, sino de conseguir sus propios fines por otros medios. De esta forma, la paz se ha convertido en una estrategia. Cada uno de sus actos políticos y militares en el mundo está limitado, se detiene allá donde se sospecha que la guerra total puede comenzar. Por eso los pequeños conflictos se ulcieran, quedan sin solución. El General Douglas MacArthur pidió que se lanzara la bomba atómica sobre China en la guerra de Corea. Fue rápidamente destituido. Otros —Goldwater, Curtis Le May— han exigido lo mismo para Vietnam. El Pentágono no se ha permitido ese riesgo, ni siquiera el de enviar fuerzas de desembarco para ocupar Vietnam del Norte. Esta sensación de poder impotente es el origen de una gran frustración. La sociedad americana está desgarrada por la frustración de Vietnam. En la estrategia de paz, cada una de las dos grandes naciones tratará de crear, fomentar y provocar la frustración de la otra. Tratará de conseguir que se altere, se divida y se rompa la sociedad de la otra. Por ejemplo, la visita de Nixon a Rumania poco después de la entrada militar soviética en Checoslovaquia tenía ese alcance.

El elemento frustrante

China es un gran elemento frustrante. La implantación del

GUERRAS DESDE 1945

PRINCIPIO	LUGAR	FINAL	COMBATIENTES	VENCEDOR
1945	Indonesia	1947	Holanda-Nacionalistas	Nacionalistas
1945	China	1949	Gubernam.-Comunistas	Comunistas
1947	Cachemira	1949	India-Pakistan	—
1946	Grecia	1949	GB, USA, Monárquicos-Guerrillas	GB, USA, mon.
1948	Israel	1949	Israel-Arabes	Israel
1945	Indochina	1954	Francia-Nacionalistas	Nacionalistas
1945	Malaya	1954	GB-Nacionalistas	Gran Bretaña
1950	Corea	1953	USA-Nacionalistas	—
1950	Formosa	—	USA-China	—
1952	Kenya	1953	GB-Rebeldes	Rebeldes
1956	Sinaí	1956	Israel-Egipto	Israel
1956	Suez	1956	GB-Francia-Egipto	Egipto
1956	Hungría	1956	URSS-Insurrectos	URSS
1954	Quemoy	1958	China-Formosa	—
1958	Líbano	1958	USA-Nacionalistas	USA
1950	Tibet	1959	China-Tibetanos	China
1955	Chipre	1959	GB-Nacionalistas	Nacionalistas
1956	Argelia	1962	Francia-Nacionalistas	Nacionalistas
1958	Cuba	1959	Guerrillas-Gobierno	Guerrillas
1959	Laos	—	USA, Gobierno-Guerrillas	—
1961	Kuwait	1961	GB-Irak	Gran Bretaña
1961	Goa	1961	India-Portugal	India
1962	Yemen	—	Monárquicos-Republicanos	—
1960	Congo	1962	Diversas facciones	—
1961	Cuba (desembarco)	1961	USA, Rebeldes-Gobierno	Gobierno
1962	Vietnam	—	USA-Nacionalistas	—
1959	Himalaya	1962	India-China	China
1960	Angola	—	Portugal-Guerrillas	—
1962	Nueva Guinea	1962	Holanda-Indonesia	Indonesia
1962	Cuba (crisis Caribe)	1962	USA-URSS	—
1963	Argelia-Marruecos	1963	Argelia-Marruecos	—
1963	Venezuela	—	Gobierno-Rebeldes	Gobierno
1963	Malasia	—	GB, Malasia-Indonesia	—
1964	Congo	1966	Gobierno-Rebeldes Simba	Gobierno
1964	Tailandia	—	USA, Gobierno-Guerrillas	—
1965	República Dominicana	1965	USA-Nacionalistas	USA
1965	Perú	—	Gobierno-Guerrillas	—
1965	Pakistán-India	1965	Pakistan-India	—
1967	Palestina	—	Israel-Arabes	—
1968	Biafra	—	Nigeria-Biafra	—

(Fuente: Secretaría de Defensa de EE. UU.)

Ciertos conflictos considerados como interiores no figuran en esta lista, Ulster, kurdos, motines negros en USA, guerrillas en Rhodesia, agitación en Checoslovaquia, revueltas de nacionalismo regional, etcétera.



comunismo frustró la expansión americana en Asia, tan larga y minuciosamente preparada. Su revuelta doctrinal frustró la expansión ideológica de la URSS. China, a su vez, sabe también cuáles son los límites de la guerra. Sus duras agresiones verbales, sus escaramuzas fronterizas, su ayuda a Vietnam, están medidas y limitadas. Su bomba atómica es aún incipiente. No llegará, probablemente, nunca a tener un arsenal atómico comparable al de los Estados Unidos y la URSS, en razón de las teorías de aceleración y acumulación científica que favorecen a sus adversarios en virtud del tiempo ya aprovechado, pero puede tenerlo para «disuadir» a los otros de atacarla. La certidumbre de que el armamento nuclear chino va a ser importante, es uno de los elementos que impiden que se desarrolle hasta extremos importantes la limitación de armamentos de la URSS y de los Estados Unidos. Es un elemento que contribuye a la frustración de la «paz de dos». Los actuales movimientos diplomáticos tienden a saber si, en un futuro, el mundo se podrá configurar con una «paz de tres». Por el momento, China no ofrece suficiente fuerza para participar.

Un lujo de pobres

Si la coexistencia es un lujo de ricos, la guerra es un lujo de pobres. Guerrean, ahora, los que no tienen nada que perder,

La sociedad americana está desgarrada por la frustración de Vietnam. Esta frustración proviene de una sensación de poder impotente. En la estrategia de paz, cada una de las grandes potencias intenta crear, fomentar y provocar este tipo de frustraciones...

Los relámpagos de Hiroshima y Nagasaki cambiaron completamente el concepto de guerra. La increíble velocidad de progresión del arma nuclear, en cantidad y en capacidad de matar, daban a la guerra un sentido de suicidio. El mundo estaba "condenado a la paz..."

o los que defienden lo poco que aún les queda. «Hay situaciones en las que nada, a excepción de la guerra, puede defender la dignidad humana», escribía el teólogo Paul Tillich. Estas guerras de la «dignidad humana», o calificadas así, se parecen ya muy poco a las guerras de intereses. Con esta idea se vuelve a comenzar un ciclo. Victor Hugo decía que «hay que deshonorar la guerra» en una época que parecía poco propicia a esta desacralización. Los horrores de

LA GUERRA Y LA PAZ

LA PAZ POR ESCRITO

A lo largo de la historia registrada se cuentan unos ocho mil tratados de paz.

(Fuente: "Ocho mil tratados de paz", libro del sociólogo Gaston Bouthaut, creador de la "Polemología" o estudio sistemático del "fenómeno-guerra").

ahora son conflictos de pobres en los que se arrastra a los ricos. Las guerras llamadas locales se van extendiendo. No se conforman con sus propios límites. Tienen vocación universal.

La guerra de Vietnam se desarrolla en el mundo entero. Nadie ha dejado de afectarse por ello. Ha entrado en las universidades de todo el mundo. Ha producido el Tribunal Russell, en Estocolmo, las negociaciones en París, las quemaduras de banderas americanas en todo el mundo. Las nacionalidades se borran. «Che» Guevara era un médico argentino que fue ministro

de las más diversas nacionalidades. La idea del conflicto local se pierde. No se contiene dentro de sus fronteras. Francia, durante la guerra de Argelia, fue el primer país metropolitano de la historia que sintió en su propio territorio la mordedura de la guerra colonial. Esa

tro Internacional de Ciudadanos del Mundo» imaginaban que una comunidad supranacional sería la mejor garantía contra una amenaza de guerra. Son precisamente las guerras las que nos están dando esta sensación de participación global.

Confusión

Guerra y paz están rápidamente cambiando de aspecto. De contenido. Las ideas de guerra y de paz transmigran, pasan de un grupo a otro. Se envuelven en un lenguaje engañoso. Ciertos actos de guerra se llaman «operaciones de pacificación». Se deshonran los vocablos, no su contenido. Los Ministerios que antes se llamaron «de la Guerra» pasaron a llamarse «de Defensa»; se ha hablado ahora, en algún país, de llamar a ese mismo instituto «Ministerio de la Paz», sin que por ello varíen fundamentalmente sus objetivos. El poder civil pasa a manos de los militares (Alastair Buchanan, del Instituto de Estudios Estratégicos de Londres, señala que «hay más militares actuando como dirigentes políticos, que en ningún otro momento del siglo XX»), mientras ciertos civiles toman la dirección de guerras o de guerrillas. Un científico como Herman Khan, que jamás ha visto un campo de batalla, dirige los planes estratégicos norteamericanos. Un organismo estrictamente militar y dirigido por militares, como es la OTAN, trata de encargarse de conducir en Europa las relaciones Este-Oeste. Una organización comercial como el Mercado Común rechaza a Gran Bretaña porque sus planes militares obedecen a los de los Estados Unidos. Son, digamos, incoherencias y dramas de las épocas de transición. ■ E. H. T.



las dos guerras mundiales y la existencia de la bomba nuclear, la exaltación de los pacifistas en los años cincuenta, llegaron prácticamente a la deshonra de la guerra. Pero los pacifistas de ayer comienzan hoy a dar su adhesión a cierta clase de guerras, a las guerras de «dignidad». Este aparente cambio de ideología es, sobre todo, un cambio de situación. Las guerras, hasta la última mundial, eran conflictos entre ricos a los que se arrastraba a los pobres. Las de

en Cuba y murió en Bolivia por balas norteamericanas; su retrato está colocado en las casas de todas las ciudades del mundo. Un episodio de la guerra de Israel acaba de desarrollarse en el puerto francés de Cherburgo, y ha envuelto a Noruega y a Panamá. Otros episodios los han llevado a cabo combatientes árabes en Suiza, en Atenas, en Roma. El cierre del Canal de Suez ha afectado a todo el mundo. Checoslovaquia ha afectado a millones de personas

tendencia no ha cesado. Las guerras consideradas pequeñas tienden a agrandarse. Los conflictos se hacen envolventes. Nadie es ajeno a ellos.

De esta forma, el mundo se va realizando como comunidad. Es también decepcionante para los idealistas, que vieron la unidad del mundo de otra forma. Los «ciudadanos del mundo» de 1966 (llamamiento de Josué de Castro, Danilo Dolci, Jean Rostand, Bertrand Russell y otros) y la apertura del «Regis-